HISPANIA

VOLUME III March, 1920 NUMBER 2

MENENDEZ Y PELAYO Y EL ESTUDIO DE LA CULTURA ESPAÑOLA EN LOS ESTADOS UNIDOS

[Conferencia pronunciada ante S. M. el Rey en Santander el día 20 de Agosto de 1919, en la inauguración de cursos y conferencias que la Sociedad de Menéndez y Pelayo dará para estudiantes españoles y extranjeros.]

SEÑOR, SEÑORAS Y SEÑORES:

Con muy hondas emociones acepté el gran honor de asistir a la solemne inauguración de esta noble Sociedad; eran emociones de verdadero placer y de gratitud profunda en cuanto me proporcionaba esta invitación la oportunidad anhelada de traerles a ustedes saludos y felicitaciones fervorosas de allende el mar por parte de mis cohermanos en las ciencias y artes, los cuales me han rogado que les exprese a ustedes su más vivo interés y su entusiasmo por cada esfuerzo que nos dé a conocer mejor las obras imperecederas de los grandes pensadores, literatos y eruditos españoles. Pero, entre las emociones de felicidad que siempre me causa la idea de poder volver a mi querida España, sentía también cierta tristeza: porque cualquier mensaje que se confiara a mi humilde persona en estos tiempos nublados por tantas dudas y derrotas morales, no podía dejar de recordarles los muchos problemas difíciles que, en medio de estos proyectos meritorios en pro de la cultura patria, piden una solución inmediata. Esta solución, sin embargo, se puede lograr únicamente por un acuerdo, por un *esprit de corps* entre los ansiosos de conservar las tradiciones e ideales más sagrados de la raza, los desinteresados, indiferentes a recompensas materiales, y dedicados al trabajo por la mera dignidad que lleva en sí.

Dondequiera que se reunan Sociedades como ésta para salvaguardia de las herencias del espíritu, ¡cuán profundas deben ser las dudas que las preocupen! ¡Cuántos vínculos intelectuales, hasta los de mucha antigüedad, se han roto, y qué rumbos nuevos llevarán todas nuestras investigaciones y estudios! ¿Vamos a continuar siendo naciones profundamente individualizadas, o habrá que hacer patente en la mayoría de nuestras indagaciones históricas y literarias un punto de vista netamente internacional? ¿Hemos de interpretar los hechos de nuestros abuelos solamente a nuestros propios hijos, o también a los extranjeros que se nos confiaren en número creciente? ¿Se nos permitirá invocar, como hasta ahora, solamente el cariño y la actitud simpática de los que han nacido de nuestra sangre, sin hacer caso del criterio de fuera, o debemos tener en cuenta también la voz de un tribunal más amplio, pero más severo, constituído, según un hermoso verso de Tennyson, de "un parlamento de todos los hombres, y la federación de la humanidad"? Problemas son éstos que desde aquí en adelante influirán no solamente en nuestros trabajos particulares, sino en todos nuestros métodos de enseñar, ora sea la historia, o la literatura, o en ramas de una aplicación más inmediata y práctica, como la economía política o la agricultura. Sin embargo, la solución se puede encontrar precisamente en el programa noble de una Sociedad como ésta, en la vida y en los trabajos ejemplares de una gran alma como nuestro glorioso maestro Menéndez y Pelayo.

A pesar de no venir yo aquí como extranjero, por lo menos en el alma, no entra en mis intenciones la idea atrevida de querer interpretar las obras de este gran escritor a sus compatriotas; pero me atreveré a explicarles el punto de vista, por imperfectas que sean mis palabras, de un extranjero a quien la historia española no es desconocida, que ha sido siempre amante sincero de España y, como tal, ha tratado de ser en tierras lejanas el intérprete leal de sus pensamientos más típicos y más grandes.

Con la más honda tristeza reconocemos cuán beneficiados estaríamos por la presencia aquí de un espíritu como el de Menéndez y Pelayo, si la divina providencia le hubiera concedido 20 ó 25 años más de dirección espiritual entre nosotros; porque es preciso que no nos engañemos: únicamente por el tarabajo de hombres como el inolvidable maestro, las herencias intelectuales perdurables de un pueblo se comprenden y perpetúan, sus contribuciones más distin-

tivas a la cultura del mundo llegan a ser entendidas más allá de las fronteras. Para nosotros lo esencial de su trabajo sobrehumano es su busca constante de más luz, su sinceridad, su equilibrio espiritual y, sobre todo, su lealtad a la tierra que le dió vida y a las instituciones peculiarmente españolas. En medio de todos los clamores, muchas veces irracionales, que se oían ya, pidiendo reformas inspiradas en lo extranjero, Menéndez y Pelayo parecía predicar que España pódía recobrar su alto destino entre las grandes naciones con más seguridad, disfrutando de sus propios recursos, por medio de una iniciativa española, de ideas españolas: que no hacía falta invocar la luz de países extranjeros, mientras fuera posible abrir los balcones al bello sol español, que aún puede dar vigor a un pueblo sano. Cuanto ha escrito Menéndez y Pelayo afirma el hecho irrecusable de que la cultura que arraigó en la Península ibérica es insustituíble. De suma importancia es esta convicción para quien reconozca las tendencias actuales de reducir toda la civilización mundial al mismo nivel, de medir todos los rasgos de cada personalidad nacional por las misma norma; y ha de repetirse la doctrina de Menéndez y Pelayo en tiempos venideros, cuando las naciones hagan más esfuerzos para conocerse las unas a las otras, pero cuando—desgraciadamente para una civilización comercializada—traten también de explotarse mutuamente más que antes. Sin nuestros ideales, nosotros no llegaremos jamás a ninguna tierra de promisión.

Permítanme ustedes que les pondere un momento el interés extraordinario que se ha despertado en los Estados Unidos por todo lo que concierne a España y a la civilización hispanoamericana. Se puede afirmar que se estudian actualmente en nuestros Centros de educación todas las manifestaciones de la vida intelectual de este país, ora sean del año que corre o de épocas remotas de su historia. Se ha repetido, y no sin razón, que este interés arraiga principalmente en la esperanza de más estrechas relaciones mercantiles, las cuales se miden en valores de Banco; pero se nota también la levadura muy sana de una curiosidad intelectual, de un deseo muy hondo de conocer a la España actual, de apreciarla por medio de los hechos de sus hijos más grandes y predilectos, y entre ellos ¿quién nos puede servir de guía con mayor acierto que Menéndez y Pelayo?

Hace veinte años no había en todas nuestras Universidades sino un solo maestro con título de Profesor de español, y éste se dedicaba

enteramente al estudio de la filología; hoy cada Centro Universitario tiene uno o más especialistas, a quienes incumbe, por tarea principal, la de enseñar la historia literaria o política de España. Y en las Escuelas e Institutos es aún más notable este desarrollo, porque en contadísimos se da un curso de cuatro años sin que figure en él el estudio del español. Esto significa que hay centenares de maestros que actualmente enseñan—de vez en cuando con escasos conocimientos, pero con buena voluntad—y miles de discípulos que estudian el castellano. Después de dos años dedicados en las Escuelas e Institutos a aprender el idioma, los que pasan a la Universidad ensanchan el estudio del lenguaje en clases avanzadas de composición, por una parte, y por otra, de literatura española. Hasta en las Universidades hay clases para principiantes; así es que en la de California había en el año de estallar la guerra unos 500 principiantes de español, 250 de segundo año, 200 de tercero y unos 100 de cuarto año. Los candidatos para el certificado de maestro, para los grados más altos que el bachillerato, y los estudiantes dedicados a investigaciones especiales, tienen que añadir desde uno a tres años más de residencia, lo cual no significa solamente examinarse al final del curso, sino el haber seguido el trabajo diario exigido por reglamento de la sección de graduados. Este interés por la cultura española, ha justificado además la creación de una Asociación nacional de maestros de español, que contará pronto con 1.000 socios, y que tiene ya un órgano en la revista HISPANIA, que se dedica a la propaganda del estudio de español y suministra a sus lectores las últimas noticias sobre su ramo predilecto. Así, estamos obligados en los Estados Unidos a buscar maestros con cierta variedad de conocimientos, sobre todo los que tengan habilidad en la enseñanza del lenguaje y que hayan pasado por cursos científicos de investigación en asuntos de historia, lingüística y literatura.

Por esta razón se ha pedido últimamente desde los Estados Unidos jóvenes eruditos de aquí para servir de maestros, y es cierto que habrá en este intercambio espiritual la garantía más sana de nuevas y profundas relaciones intelectuales entre España y mi país. No está puesto en razón esperar que España nos envíe en seguida, ni siquiera dentro de pocos años, todos los maestros que necesitan las Escuelas y Universidades; pero sueño con otro proyecto, el cual, si llega a realizarse, nos será de suma utilidad: según este plan, algunos jóvenes americanos han de venir aquí para ponerse bajo la

dirección especial de maestros y eruditos españoles. Y una Sociedad como ésta ¿no ha de servir admirablemente a una causa tan digna? ¿No podría ella llegar a ser una verdadera "alma mater" de hombres y mujeres ansiosos de estudiar aquí y disfrutar del consejo y de los preceptos de sus ilustres socios? ¿Dónde se encontrarán en mayor abundancia los instrumentos de trabajo, que entre la colección de libros y manuscritos que lleva el nombre de Biblioteca Menéndez y Pelayo? Permítanme que repita que hablo desde el punto de vista de mi país al ponderar cuántos elementos nos faltan allá para difundir el conocimiento verdadero del arte, de la literatura y de las ciencias españolas. El deseo más sincero de apartarse de una tradición vieja e injusta, de todos esos prejuicios antiguos sobre España se deja notar en Norteamérica, y el estudio de las obras de Menéndez y Pelayo ha de ser uno de los grandes portales por el que se debe entrar en esta tierra incógnita y que no dejará de crear una herencia nueva de confianza mutua y sincera amistad. Dejemos para siempre las opiniones estrechas de las generaciones pasadas; y en cuanto a mi país, estamos en todas partes dispuestos a abrir de par en par las puertas a los españoles que nos traigan la cultura hispánica, y en el mismo sentido nadie duda de que se dará a nuestros jóvenes la bienvenida acostumbrada de este pueblo caballeresco.

Ninguna crítica sana puede desdeñar ni tratar ligeramente lo más distintivo de una civilización extranjera a causa de no estar en armonía con la nuestra, porque a veces aquella no nos es inteligible por falta de conocimientos históricos; y, en su virtud, no se puede consentir que un extranjero se atreva a sugerir reformas o progresos mediante la modificación de elementos que pueden ser inherentes a lo más característico, lo más arraigado de la raza. El mejor modo de educarse un pueblo ha sido siempre el dar un empuje al pensamiento, a los ideales, a la vida netamente nacionales, y ¿no estriba la gloria de Menéndez y Pelayo en esta doctrina? Así, el principio, el programa de todos los maestros en estos tiempos de confusión y de nivelación insensata, debe ser éste; venerar lo sagrado de la herencia nacional y negarse terminantemente a la imitación fácil de todo lo que viene de fuera para ir con la corriente revuelta y turbia de una mal llamada civilización internacional que se inspira en mercados y bolsas de comercio.

Al acercarnos los extranjeros al estudio de la cultura española se nos presentan dos obstáculos: el primero es que trabajamos en cen-

tros de estudios lejos de los archivos españoles, magníficos por la variedad de sus tesoros, y que nos faltan las colecciones amplias de libros raros y curiosos. El segundo se encuentra en que nuestros únicos recursos son por la mayor parte ediciones modernas, publicaciones dadas a luz, a veces por un erudito, o por el capricho de un bibliófilo que hace imprimir una obra maestra antigua en 51 ejemplares, o, por lo menos, en una forma casi tan costosa para los pocos compradores como el original. Estos son, por consiguiente, los instrumentos con que trabajamos, y ni siquiera representan un índice completo de las grandes creaciones españolas, ni dan una idea adecuada de cuanto merece ser estudiado. Por mucho que extrañe, casi la mayoría de los escritores notables no se han publicado en ediciones accesibles para nuestras clases; y se comenta a menudo en el extranjero la necesidad apremiante de ediciones fidedignas de innumerables autógrafos de algunos de los más grandes prestigios literarios. En medio de estas faltas y obstáculos al estudio nos consuela la obra comprensiva de Menéndez y Pelayo, que será para siempre una verdadera inspiración para todos los que trabajan; y los libros y manuscritos adquiridos por él con amor y paciencia infinitas, constituirán la base de trabajos con los que se ha de levantar un monumento más duradero que el bronce o cualquier edificio hecho por manos de hombre, si se llega a consolidar una hermandad intelectual como esta Sociedad, dedicada a realizar el sueño del maestro: que era sacar a luz dignamente lo esencial de los archivos y bibliotecas y estudiarlo de modo que contribuya debidamente al maravilloso conjunto que se llama la cultura patria. Por donde quiera que se busque materia, ora sea en el campo tan extenso de la literatura, o en la historia tan llena de almas grandes, o en la filosofía de infinitas escuelas y tendencias, Menéndez y Pelayo puede servirnos de norte. Por tanto, se comprenderá que los extranjeros deseemos conocer a los pensadores, a los humanistas, a los filósofos, a los poetas por medio de la doctrina amplia del maestro. ¡Con cuánta claridad señala para los amantes de España la meta de sus esfuerzos! ¡Cuántas son las obras cuya publicación él ha sugerido! ¡Cuántas emprendió, y cuántas nos ha dejado terminadas para honra eterna del país que tanto amaba!

Sería imposible dar una idea justa de todas las personalidades históricas y literarias que Menéndez y Pelayo ha resucitado ante nuestros ojos, ni de todas las obras importantes que él supo interpre-

tar con una penetración y visión únicas. Cuando en distintas ocasiones, ya en conferencias públicas, ya en mis clases, he tratado de hacer un resumen de una pequeña parte siquiera de los conocimientos que abarcaba su cerebro extraordinario, se quedaron siempre algunos de los oyentes para preguntar detalladamente y con cierta incredulidad, cómo era posible que un hombre solo supiera tanto, o cómo pudiera leer al parecer todo lo que valía la pena de leerse; cómo supo extraer con tal magia lo mejor y lo esencial de mil escritos, de movimientos literarios o de épocas enteras.

Vano sería el trabajo de mencionar una parte siquiera de los escritores que Menéndez y Pelayo deseaba ver en ediciones nuevas o completas, ni puedo ponderarles cuánto anhelamos los que enseñamos ver realizadas estas esperanzas del maestro, con cuánto gusto acogerían nuestros discípulos la publicación en ediciones fidedignas y críticas de cuantos escritos dan a la cultura española su puesto envidiable en la historia de la civilización. A las críticas proferidas por extranjeros o ignorantes contra España, ¿no sería la contestación más eficaz, ora la biografía de un gran español, ora la edición de una obra inmortal, o de autógrafos y manuscritos que duermen en los archivos? Pronto se impondría silencio a toda crítica, si, como lo soñaba Menéndez y Pelayo, se pudiera contestar por medio de obras completas y críticas escogidas entre los muchos autores del más alto mérito. Recuerdo bien, cuando en ocasiones inolvidables tenía el privilegio de hablar con el maestro, ¡cuán hercúlea me parecía la tarea que nos proponía! Una reimpresión sistemática de lo más importante del teatro antiguo para dar una idea comprensiva de su historia y desarrollo, de comedias escogidas de los más notables dramaturgos del siglo de oro, de ediciones de novelas, coloquios satíricos, poesías, misceláneas; con todo esto soñaba, tornando muchas veces a la necesidad apremiante de un Quevedo completo, de una colección digna de Lope, de una publicación uniforme de todas las obras de Cervantes. En vista de estos proyectos y sugestiones, mediante la inspiración de ejemplo tan noble, se pueden emprender muchos trabajos para los que Menéndez y Pelayo había reunido ya lo esencial en su biblioteca.

Se ha dicho, pero sin edificar la afirmación debidamente, que Menéndez y Pelayo no se fijaba bastante en la forma, en el modo de imprimir estas obras importantísimas. Esta crítica es muy injusta, porque el maestro anhelaba más que todo encontrar y enseñar la

verdad, y en sus investigaciones lucía siempre la rectitud, la cualidad que constituye la base más firme de todos los trabajos estrictamente científicos. Su genio estupendo se dedicaba con más libertad a la interpretación de ideas, a la exégesis, a reedificar y resucitar. Si se hubiera dado también a depurar textos, a imprimir ediciones nuevas, habría sido con perjuicio inmenso para la historia, la crítica literaria y, sobre todo, para la interpretación estética o artística de cuanto estudiaba; a consecuencia de esto, es injusto juzgar sus procedimientos por el carácter de uno u otro texto editado bajo su dirección. Para concretar esta argumentación, tomemos dos grandes nombres, Quevedo y Lope de Vega, la impresión de cuyas obras Menéndez y Pelayo había realizado en parte. El estado del texto tal como se ha publicado muestra admirablemente con qué desventajas tenía que luchar el crítico por falta de colaboradores especialistas y peritos que le ayudaran en la preparación de los originales, para lo cual él no tenía tiempo. El Quevedo de Fernández-Guerra, en que Menéndez y Pelayo pensaba fundar su edición grandiosa, era un trabajo maravilloso para mediados de la centuria en que vivía el benemérito editor, y no existía otro fundamento en que Menéndez y Pelayo pudo basar su edición sin rehacer todo el trabajo en cada detalle. Aun así, las obras de Quevedo han quedado en torso por el esfuerzo sobrehumano que pedía el cotejo de infinitos textos, y toca a los eruditos de esta generación y a sus discípulos el realizar este proyecto del maestro y preparar una edición completa de Quevedo, digna no solamente del poeta y satírico, el más grande quizá de toda la literatura, sino también del más noble de los críticos modernos.

En cuanto a las obras de Lope de Vega, ningún nombre de nuestros días es más digno de unirse para siempre con el del dramaturgo artista que el del crítico artista Menéndez y Pelayo. Los prólogos que se imprimieron en los doce tomos de la edición académica perdurarán siempre como base para cualquier estudio que se escriba sobre el "Monstruo de la naturaleza." Yo estoy convencido de que este trabajo del maestro no ha sido apreciado jamás en su justo valor ni aun por los admiradores de la comedia de Lope de Vega. ¿En qué crítica se encuentra una visión más amplia y comprensiva? ¡Cuántos detalles importantes se explican e ilustran! ¡Con qué simpatía por el genio de Lope, con qué entusiasmo, o mejor dicho, con qué inmenso cariño emprendió Menéndez y Pelayo este trabajo

asombroso! Él mismo había reconocido con cierta tristeza, que pocos lectores llegaron a comprender cúan grande era la parte de su alma que había dejado en estos prólogos. Por cierto, no son como otros tantos prefacios que adornan los escritos de muchos autores, ya contemporáneos, ya de tiempos pasados, la labor de una hora breve; antes son el depósito de sus conocimientos más recónditos, la expresión más perfecta y artística de su genio, en ellos muestra insuperablemente la amplitud sorprendente de su habilidad sintética. La idea más completa de su erudición histórica, de cuanto abarcaba en materia de filosofía, de literatura comparativa y de folklore, se puede formar de estos estudios sobre el teatro de Lope de Vega. Sin embargo, los doce volúmenes en folio mayor, en que vieron la luz, nunca pudieron destinarse para los lectores amantes de Lope, y la edición, por consiguiente, parece mal ideada para fomentar el estudio, tanto de Lope de Vega como del crítico que tan magistralmente supo interpretarlo. En vista de esto se debe acoger con verdadero entusiasmo la edición nueva, que muy pronto formará parte de las obras completas del maestro, dignamente publicadas por su discípulo predilecto Adolfo Bonilla.

Estos prólogos no son sino una parte de lo que Menéndez y Pelayo se había propuesto escribir sobre el arte dramático de Lope de Vega, sin embargo, ¡cuán vasto es el fragmento que nos queda en estos doce tomos! Dos de ellos comprenden los autos, coloquios y comedias de asuntos de la sagrada escritura; otros dos las comedias de vidas de santos, de leyendas piadosas y las comedias pastoriles; un tomo hay de comedias mitológicas y de comedias históricas de asunto extranjero, y siete tomos de comedias basadas en crónicas y leyendas dramáticas de España, con una sección de comedias novelescas. Se comprenderá sin dificultad cuántas disquisiciones y análisis amplios de carácter histórico o estético se inspiraron en materia tan abundante. Los estudios que tratan de los autos, de las comedias de asuntos de la sagrada escritura, juntos con lo que Menéndez y Pelayo había escrito antes sobre otros de la misma índole de Calderón, constituyen la discusión más completa, más comprensiva sobre los vínculos entre el teatro y la iglesia; ellos son también la última palabra sobre un rasgo de carácter especial del teatro español: el desarrollo orgánico e independiente de un drama netamente religioso al lado del teatro profano, constituyendo una fórmula dramática y estética que jamás llegó a una expresión

tan acabada en ninguna otra nación europea. Y si tenemos en cuenta que esta exposición pedía conocimientos sin límites de la historia eclesiástica, del rito de occidente, lecturas profundas en las vidas de los padres de la Iglesia, de los santos, estudios vastos en la historia bíblica y en la sagrada escritura con los innumerables comentarios hechos durante siglos, resulta, sin embargo, un conjunto, que por la claridad del estilo, por el don incomparable de resucitar lo que era de interés para las generaciones de tiempos lejanos, por lo magistral de la síntesis no tiene igual en la crítica de cualquier teatro antiguo. Y estos estudios son poco menos que desconocidos. ¿Quién lee hoy los autos sacramentales o las comedias de vidas de santos? Sin embargo, Menéndez y Pelayo supo tratarlos con tanta entereza, con tanto brío en la interpretación, explicó con una simpatía tan contagiosa como se justificaban histórica y estéticamente que el lector parece tener delante un asunto de la actualidad. Para Menéndez y Pelayo, como para todos los grandes humanistas, nada que haya despertado jamás un interés profundo en el corazón del hombre puede morir del todo: ningún lenguaje hablado, ninguna forma de culto o de diversión que en algún tiempo haya tenido parte en la rutina de su existencia, ninguna visión que haya iluminado el oscuro camino de su vida, nada, en suma, de cuanto haya merecido su devoción apasionada en horas de ocio o de trabajo.

Dentro de la clasificación que hizo Menéndez y Pelayo de la obra de Lope, su crítica llegó al nivel más alto en los estudios maravillosos de las comedias basadas en crónicas y leyendas dramáticas de España. Será imposible dar con una materia que dominase con más perfección. Cuanto había leído, todas sus investigaciones en los archivos dentro y fuera de España, su conocimiento de infinitos romances, el cotejo que había hecho de las más raras crónicas, las literaturas extranjeras además de la literatura patria, las leyendas y el folklore español, todo conducía a crear un tesoro sin par de erudición, y mientras ilustraba e interpretaba cada tema, podía recurrir con seguridad a una memoria asombrosa por el caudal que guardaba en cualquier asunto. Pero estas crónicas y leyendas que tratan de una materia meramente española, eran siempre para él una fuente de inspiración inagotable, ennobleciendo su estilo, ensanchando su visión y dando rienda suelta a su amor profundo al solar patrio, cuyas creaciones en las artes y en la literatura tenían para él un

interés particular, porque él sabía dar a cada fenómeno su lugar propio en el desarrollo de la cultura nacional. En vista de la marcha jamás interrumpida de la historia, Menéndez y Pelayo concibió este grupo dentro de la clasificación de las comedias de Lope, y demostró al mismo tiempo cuánta materia dominaba el gran dramaturgo en estos temas. No es posible dar una idea justa de los infinitos detalles que el maestro examina en estos prólogos, pero no puedo dejar de repetir que representan lo más duradero de su crítica. En medio del caudal de erudición se nota en cada página que siente siempre como artista, ponderando a cada paso la belleza de la idea o de la forma. Y en esto consiste su superioridad sobre todos los críticos de Lope de Vega. Con un equilibrio exquisito pudo discurrir sobre los orígenes históricos y literarios de cada comedia, pero no por eso perdió de vista el arte dramático que da a estas comedias su valor único. Si hay un defecto que se les puede achacar a estos prólogos en su conjunto, se debe al carácter complicado de la materia y al hecho triste de no haberse concluído este torso maravilloso. Al análisis de tantas comedias, a los juicios distintos derramados por tantos tomos, les hace falta un resumen sintético, un estudio de conjunto para hacer patentes los principios del arte de Lope. Pero este estudio que el maestro pensaba sin duda poner al final de su trabajo, desgraciadamente no llegó a escribirse.

Cualquiera investigación que se haga en las comedias de Lope basadas en cantares o romances, tiene que arrancar del trabajo iniciado por Menéndez y Pelayo. El nos expone no solamente las versiones conocidas por Lope, sino que examina sus variantes y ramificaciones desde los orígenes más remotos hasta que se pierden en cualquiera de los dramaturgos imitadores de Lope. El grupo de comedias basadas en la historia de la Edad Media, como "Las mocedades de Bernardo del Carpio," "Los Tellos de Meneses," "El Conde Fernán González," "El Bastardo Mudarra" y "Los Siete Infantes de Lara," inspiró en la pluma de Menéndez y Pelayo un verdadero compendio de historia y cultura medievales. Presenciamos otra vez los sucesos más importantes de entonces, y llegamos a conocer hasta las figuras de los grandes personajes, como si hubieran resurgido delante de nosotros.

En varias ocasiones Menéndez y Pelayo ponderó lo inútil de una comparación hecha entre Lope, Shakespeare, Molière u otros dramaturgos notables. ¿Qué se logra con una discusión vana que

trata de mostrar la inferioridad del primero, si no hace justicia a los rasgos más distintivos que constituyen la fórmula artística de Lope, única por su género en la historia del teatro? La comparación tiene su lugar dentro de toda crítica fundamental, pero la base imprescindible de cada estudio comparativo es el conocimiento de los rasgos esenciales de la cultura y del ambiente en que se desarrollaba el genio de cada escritor. En este sentido el criterio objetivo de Menéndez y Pelayo es un modelo acabado para nuestros discípulos, los cuales, inspirándose en la riqueza de ideas que encuentran en estos prólogos pueden hacer una tesis admirable justificando el alto rango que, entre los primeros, debe concederse al gran dramaturgo español.

Aún no existe la obra que por sí sola examine debidamente todo lo que significa en su amplitud sorprendente la fórmula estética de Lope, ni cuánto contribuyó con su arte dramático a la gloria del teatro español. Sin duda, esta falta se puede achacar, en primer lugar, al sinnúmero de comedias que nos quedan de su pluma, y, en segundo lugar, al estado desgraciado de las ediciones ya impresas, asunto del que trataré con brevedad antes de terminar. Pero este estudio comprensivo debe hacerse pronto, porque con él se llegará a conocer tanto la personalidad intrincada y maravillosamente dotada del autor, como lo esencialmente original de su teatro y la belleza perdurable de sus obras maestras; y el análisis que nos ha dejado Menéndez y Pelayo con sus prólogos, siempre servirá de pauta, porque le ha tocado al gran crítico algo de la inmortalidad inherente a la materia que trataba.

El maestro no llegó a terminar los prólogos que debían tratar de las comedias novelescas y se comprenderá fácilmente cuán grande es nuestra pérdida en esta materia. Es vano pensar qué estudio tan bello de conjunto habría añadido sobre las relaciones entre el teatro de Lope y su época, a propósito de las comedias en que el dramaturgo supo conservar para siempre las costumbres y el lenguaje de los hombres y de las mujeres de su siglo. Así quedan por estudiar todas las comedias inspiradas en la vida diaria, las cuales se pueden considerar entre las creaciones más bellas, más graciosas y más duraderas del teatro de entonces. Nunca escribió Lope con más sinceridad, ni se dejó dominar menos por las convenciones o tradiciones de la comedia, que en obras como "El ausente en el lugar," "La dama boba," "El acero de Madrid," "La noche toledana," "Los melindres

de Belisa," "Al pasar del arroyo," que nacieron cada una completa, de una sola inspiración; y todos los amantes de Lope sentimos profundamente que estas comedias exquisitas no se representen más, lo cual es una falta irreparable para los jóvenes de nuestra generación.

Comparada con la crítica de Menéndez y Pelayo la de otros escritores indígenas o extranjeros, parece pobre y apenas digna de la obra magna de Lope.

Como extranjero puedo declarar con entera sinceridad, que de cuantos han escrito sobre el dramaturgo español, logrando en su día muchos elogios, como, por ejemplo, Ticknor en los Estados Unidos, Chorley en Inglaterra, Schlegel y Schack en Alemania,—o en el día de hoy, Rennert y otros, conocidos por sus compilaciones bibliográficas y biográficas,—ninguno deja de parecer seco o dominado por cierta estrechez de criterio. Las conferencias de Schlegel y la historia de Schack constituyen aún la base de la crítica alemana de hoy, pero ya han perdido mucho de su vigor primitivo: resultado natural en una crítica que arraigaba enteramente en el romanticismo; los dos alemanes juzgaron de todo a través de la atmósfera que habían respirado, y no supieron dar ni a Lope ni a Calderón, su héroe espiritual, el lugar que les convenía en el desarrollo orgánico de un teatro netamente español. Los críticos de la escuela romántica vieron las obras españolas a través de un medio artificial, por lo que otros habían escrito de España. Hasta los que habían residido en la Península mostraron la influencia de esos prejuicios que nacen de sangre distinta, de la diferente historia política y religiosa nacional, y, sobre todo, de ciertos antagonismos tradicionales de raza. Hoy día, tal procedimiento de la crítica parece extraño a nuestros discípulos, que intentan identificarse en sus estudios con el espíritu de este pueblo, para poder examinar con objetividad y simpatía los orígenes y el florecimiento de la cultura española. Sobra afirmar en la enseñanza actual, que una obra de arte no puede juzgarse como un frío documento histórico, sin tomar en cuenta que representa también una personalidad, una visión, y todo lo que implica el haber vivido y luchado. Chorley afirma que tanto la Iglesia como el Estado pesaron sobre la comedia de tal modo, que nunca logró desorrollarse con plenitud; pero no se ve claramente que Lope, con sus miles de escritos, haya tropezado con grandes obstáculos ni que haya dejado jamás de moverse con suma libertad dentro de la fórmula que él

mismo supo crear en la atmósfera en que florecía su arte. Como Shakespeare, Goethe, Molière y todo gran genio, Lope absorbió indiscutiblemente de la tradición literaria, de toda la cultura nacional, cuanto necesitaba su espíritu creador, improvisando sin esfuerzos una de las obras más hermosas del siglo de oro. Muy distintas pueden ser entre si las artes dramáticas de las naciones europeas, pero de las diversidades de raza surgen precisamente las bellezas singulares del arte y de la literatura. Y ¿es preciso inferir de todo esto que los extranjeros no lograremos jamás juzgar de una obra de arte español o del pensamiento español justa y debidamente? Quizá sea así; sin embargo, debe vivir en el corazón de los hombres, dondequiera que residan, la esperanza de que los genios inherentes a las razas no vivirán en eterna oposición el uno al otro; siempre guardarán misterios y secretos que no son para los de fuera; pero lo esencialmente distintivo en ellos deberá servir también para los más nobles estudios comparativos de cultura.

A veces preguntan mis discípulos qué ediciones hay de Lope dignas de ponerse al lado del estudio magistral de Menéndez y Pelayo, y mi contestación tiene que ser—¡y ojalá no fuera así!—que las ediciones existentes no son dignas de los dos grandes autores que acabamos de examinar. Sería inútil reparar aquí en el carácter de todos los textos impresos de Lope; excuso recordar el procedimiento de Sancha o de Hartzenbusch al hacer sus colecciones conocidas de las obras de Lope; per hay que admitir que con todos sus defectos esas ediciones merecían el elogio sincero de todos los lectores: no reprodujeron el texto de un modo fidedigno; sin embargo, era sumamente meritorio su deseo de hacer accesibles para el público muchas obras de Lope hasta entonces apenas conocidas. La edición académica que lleva los prólogos de Menéndez y Pelayo tiene el mérito de haber intentado por primera vez una clasificación de las comedias; pero su forma en folio mayor no es práctica ni sirve para la mayoría de los lectores. La edición de Lope que se está publicando actualmente no realiza en nada lo que exige la crítica moderna. Así, la edición ideal de Lope queda aún por hacer, y de ella dependerán todas las investigaciones duraderas en su teatro.

El trabajo de editar a Lope debidamente ha de arrancar de un principio lógico: el de sacar a luz antes de todo los autógrafos que quedan, porque son la única base de cualquier estudio sólido y profundo. De ellos depende todo proceder científico para fijar la for-

ma original de sus comedias. No hace falta imprimirlas con comentarios, porque son precisamente los originales tales como nos los dejó Lope, lo que se necesita. Cada autógrafo debe ir en un tomo, como se ha impreso a Shakespeare, a Goethe, a Molière, y así tendríamos una colección preciosa de unos 35 tomitos, que quizá emprendamos algún día. Los autógrafos apenas se conocen, y ¡qué monumento tan hermoso para Lope sería semejante edición, o qué tributo de mayor gloria se le podría pagar a Menéndez y Pelayo!

Es imposible exagerar la importancia de estos autógrafos. Nos proporcionan los únicos detalles fidedignos sobre el modo de componer de Lope; explican su técnica y su lenguaje infinitamente más que las comedias mal impresas de su tiempo. Ellos nos permiten corregir pasajes viciados y hasta restaurar muchos versos omitidos en las primeras ediciones. Como un ejemplo admirable de lo que aprovechará el estudio detenido de los autógrafos, pueden mencionarse los muchos cantares que se encuentran en sus comedias. En los impresos se lee por lo general la acotación: "bailen y canten," y luego sigue o un cantar tronchado o se omite del todo. Algunos de los autógrafos, donde se introducen bailes, conservan íntegro el cantar, y el cotejo entre el original y lo que se había salvado en la versión dada a la imprenta hace patente cuán grande es la pérdida de estos detalles en casi todas las comedias de Lope. Ni es posible ponderar cuánto ganaría la historia de la música y del baile si tuviéramos la mayoría de los originales de Lope.

Una edición de las obras completas de Lope no debe intentarse aún; sería ocioso imprimir todas sus comedias conocidas, aun si fuera posible traerlas de todas las partes del mundo. Un hombre solo no lo conseguiría tampoco, ni vale la pena reproducir cada comedia en su estado actual. El mejor principio científico sería dar a luz solamente lo más acabado y esencial de su obra, y eso en ediciones pequeñas, hechas con toda la labor cuidadosa que pide la crítica moderna. El mejor resultado lo daría una colección escogida esmeradamente, impresa en tomos manejables por todos, y no una serie de volúmenes grandes que lo traen todo sin proporcionar la base necesaria para un estudio exacto y comprensivo del texto.

En vista de que Menéndez y Pelayo ha ponderado en varias ocasiones la falta que hacen ediciones fidedignas de otros grandes autores que no se pueden estudiar a fondo todavía, es preciso reconocer que se ha hecho mucho daño al aprecio digno de infinitas obras maes-

tras por la ponderación exagerada de los escritos de Cervantes. Yo mismo he dedicado la mayor parte de mis trabajos a comentarios e investigaciones sobre el arte de este "raro inventor," y así se me perdonará el que señale este perjuicio notable a la literatura española. No hay derecho a que la grandeza de Cervantes deje a la sombra y obscurecidos tantos nombres de primer orden. Se puede hacer un servicio de profunda transcendencia para la cultura perfeccionando los medios de trabajo, mediante los cuales la obra civilizadora de la Península quedará manifiesta al mundo. Estos medios serán los autógrafos, los manuscritos y las ediciones de libros raros que, puestos en manos de nuestros discípulos, darán un impulso nuevo al estudio de las ideas estéticas españolas. Tendremos también la satisfacción de hacer admitir a los extranjeros que además de Cervantes había otros grandes escritores en España.

En medio de estos proyectos ideales, no se perderán de vista ciertos resultados prácticos, de tanto intéres para los Estados Unidos como para España. Se echarán de ver sobre todo en la cooperación cabal de los eruditos españoles con los de Norteamérica, y de Sociedades como ésta con organizaciones análogas de los Estados Unidos. En todas las empresas transcendentales ocurren siempre dificultades, y en ésta habrá que tomar en cuenta el obstáculo de los idiomas; pero se puede estudiar el modo de vencerlo. El intercambio de profesores, tantas veces discutido, parece práctico únicamente cuando el lenguaje hablado por el profesor es entendido por el mayor número de discípulos, y así tiene que ser casi siempre el idioma de los indígenas, con la excepción quizá del maestro cuyo ramo es la literatura, la lengua o la historia; en este caso es de suponer que le entienden sus discípulos por haber ya trabajado en asignaturas análogas. Pero, sin duda, los mejores resultados se obtendrán por medio del ya aludido intercambio de estudiantes jóvenes dedicados al estudio de la historia o de la literatura. Y ¿dónde pueden nuestros discípulos prefeccionarse mejor que aquí, donde aprovecharían los tesoros de los archivos y bibliotecas bajo la dirección de las lumbreras más notables? En España se encontrarían los elementos originales y antiguos de valor único, y en las Bibliotecas norteamericanas, por lo general, lo más esencial de las publicaciones recientes con que completar los estudios. Y se debe establecer en algún centro de los Estados Unidos una Casa española íntimamente relacionada con un centro de aquí, como, por ejemplo, esta nueva Sociedad; por ella se

conocerían todos los discípulos dignos de seguir sus estudios en el extranjero. Por medio de una cooperación bien organizada, una Casa española en los Estados Unidos sería de gran provecho a nuestras escuelas, esparcidas por tantos Estados sobre un terreno vasto y, por consiguiente, faltas aún de un centro común. Ni debe cabernos duda alguna de que cada esfuerzo hecho para estrechar nuestras relaciones universitarias o intelectuales nos llevará un paso más cerca del éxito de estos planes. Por cierto reconocemos los que abrigamos la esperanza de resultados prácticos de nuestros esfuerzos, que el éxito arraiga en la buena fe, en la sinceridad, en la tolerancia mutua, en el evitar personalismos y en el principio fundamental de que todos los fenómenos de la sociedad humana deben estudiarse sin la comparación odiosa de tradiciones distintas o de hechos históricos ya lejanos. Antes que todo habrá que evitar, o por lo menos interpretar filosóficamente, los prejuicios de raza, las cuestiones políticas o las instituciones religiosas. Por este camino, y no por ningún otro, se logaría una amistad duradera, generosa, fecunda en grandes resultados y en ideas nobles, que es lo que hará falta en los años venideros, los cuales pedirán más que nunca un equilibrio espiritual y un juicio sano. Y éste es el momento más a propósito para un acuerdo transcendental entre España y los Estados Unidos.

El que ha viajado mucho entre las varias gentes del mundo debe llegar a España como a un puerto de descanso; y estudiará a este gran pueblo con las simpatías más profundas. Ustedes recordarán que era corriente en tiempos del renacimiento el dicho "Patria común de los extranjeros es España," y si todos se encuentran aquí como en su propia casa, será porque en España, como en ninguna otra parte del mundo, se reconoce el valor inherente a la personalidad de cada individuo. Pero la personalidad, ora sea individual o nacional, es compleja, y las instituciones de que se viste, ora sean religiosas, políticas o industriales, reflejan el mismo carácter. Las naciones no han salido aún del campo de Agramante, la guerra no parece haber aumentado la buena voluntad internacional, y así la interpretación de estas personalidades complejas de naciones y de individuos dependerá en el porvenir inmediato de Sociedades intelectuales como esta, de los eruditos en todas partes que se dedican al estudio de esos documentos capitales de la humanidad, que nos han sido legados del pasado por medio de las letras y de las artes; a nosotros nos toca conciliar enemistades y discrepancias para devol-

vernos la paz del espíritu, y para hacer menos despreciable lo que somos los hombres. Como maestro, yo vería con sumo agrado el día en que nuestros discípulos, hombres y mujeres, fueran bienvenidos aquí para aprender en este ambiente cuán fácilmente se pueden conciliar y armonizar nuestras dos culturas y para revelar y enseñar después en los Estados Unidos el alto significado de cuanto ha sido intentado y cumplido por los españoles. ¿Cómo realizaremos estas amistades sino por medio de nuestra juventud aún flexible de carácter y de entendimiento, que no tiene ofuscada por el desengaño la visión del porvenir, que no ha perdido el entusiasmo y la iniciativa? Ni puede haber proyecto que corresponda mejor a la obra de Menéndez y Pelayo que el de crear discípulos aptos para el trabajo y anhelosos de la verdad en cuanto hagan o piensen; y España será más **que antes la patria común de los extranjeros.**

Los hechos grandes no son el patrimonio de una nación sola: las invenciones, los descubrimientos científicos, los adelantos en la medicina, en la química, en la electricidad se divulgan para el beneficio de la humanidad. En este sentido esperamos que los frutos de esta Sociedad y los trabajos de sus hijos intelectuales sean contribuciones imperecederas al estudio de la civilización española, de sus creaciones más distintivas en las artes y letras y que sean conocidos y acatados hasta en tierras lejanas, donde habían penetrado antes los conquistadores y las armas de España.

Y tú, ¡oh, glorioso maestro!, cuya obra durará para asombro del mundo, para formar la base de cuanto se haga aquí, para indicar el camino que hemos de llevar y para alumbrar nuestros pasos, tú bendecirás cada esfuerzo que nos dé más luz, más grandeza espiritual y que cree vínculos firmes de una amistad sincera e inquebrantable entre todos los que trabajan dignamente, cualquiera que sea su origen o su patria.

RODOLFO SCHEVILL

UNIVERSIDAD DE CALIFORNIA